



El declive demográfico: estado de la cuestión, implicaciones y soluciones

*The demographic decline:
state of affairs, implications and solutions*

■ Alejandro Macarrón Larumbe*

Resumen

Un país con una fecundidad muy inferior a la necesaria para el relevo generacional está abocado a menguar en población y crecer en decrepitud, salvo aflujos continuos e intensos de inmigrantes foráneos. Tal es el caso de España y muchas otras naciones. Este artículo aborda el estado de la cuestión, sus implicaciones y lo que cabría hacer ante la espiral demográfica depresiva. Además incluye un apéndice sobre cómo afecta este asunto a la industria farmacéutica.

Palabras clave

Declive demográfico mundial. Declive demográfico en España. Tasa de fertilidad. Pensiones y tasa de natalidad.

Abstract

A country with a fertility rate well below that needed for generational change is bound to decline in population and growth in decrepitude, unless there are continuous and intense inflows of foreign immigrants. Such is the case of Spain and many other nations. This article discusses the state of affairs, its implications and what could be done in the face of the depressive spiral population. In addition, it includes an appendix on how this issue affects the pharmaceutical industry.

* El autor es ingeniero de telecomunicación (UPM) y *executive* MBA por la Madrid Business School. Desde 2007 es socio director para España de la consultora internacional de estrategia empresarial y *corporate finance* Otto & Company. Recientemente ha publicado el libro *El suicidio demográfico de España* (Madrid: Homo Legens, 2011) y, con anterioridad, *Cooperencia. Cooperación y competencia en cada paso de nuestras vidas* (Córdoba: Almuzara, 2005).

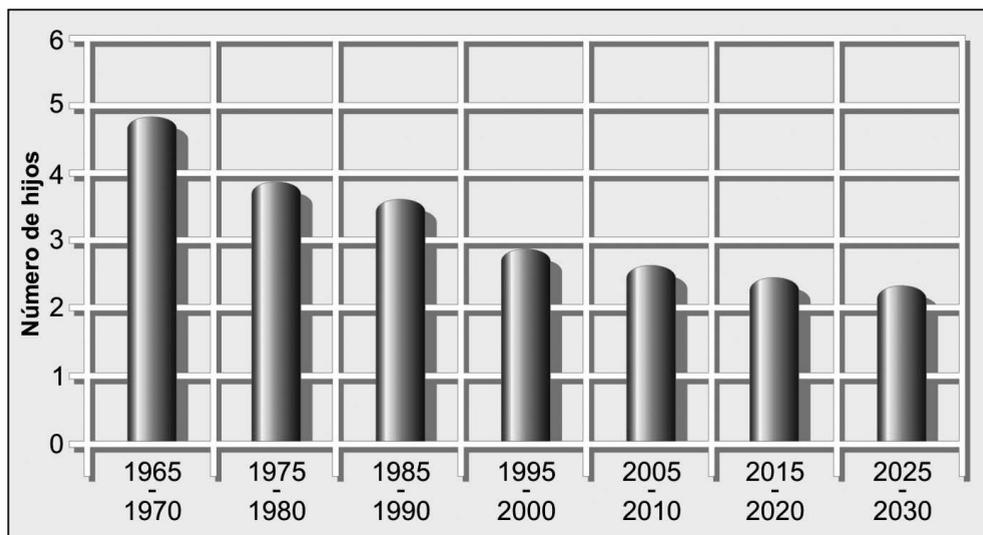


FIGURA 1.— Tasa promedio de fecundidad en el mundo, hijos por mujer, 1965-2030.
Fuente: Wikipedia.

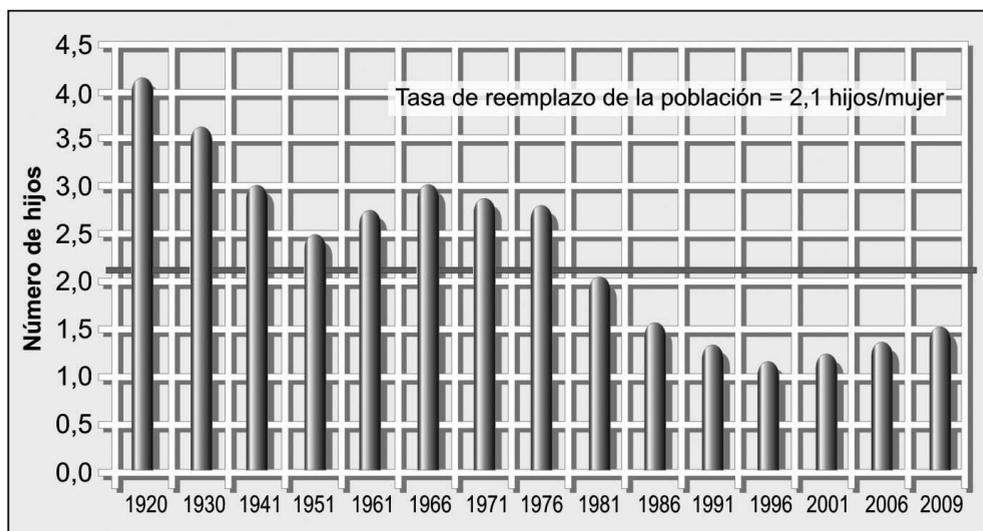


FIGURA 2.— Número de hijos por mujer en España, 1920-2009.
Fuente: INE, Fundación BBVA.

Key words

Global population decline. Spanish population decline. Fertility rate. Retirement pensions and birth rate.

1. Un problema mucho más inmediato y grave de lo que la gente cree

Es un hecho generalizado que la tasa de natalidad se reduce de manera apreciable al desarrollarse y modernizarse los países. Con la incorporación de la mujer al mundo profesional fuera del hogar, la elevación del nivel de vida, la pérdida de muchos de los valores morales y hábitos tradicionales —entre los que figuraba tener hijos como algo primordial— y la reducción a niveles ínfimos de la mortalidad infantil y juvenil, los españoles y los ciudadanos de otras naciones tenemos muchos menos niños que en un pasado no lejano. Tan acentuado es el fenómeno, que la fecundidad mundial ha caído a la mitad en los últimos cuarenta años, y ya sólo mantiene niveles elevados en los países más pobres y subdesarrollados del mundo, como los del África subsahariana (figura-1).

El problema es que en España —y en muchos otros países, como Alemania, Italia, Portugal, Japón, Corea del Sur, China o Rusia— la tasa de natalidad ha caído tanto que las nuevas generaciones son mucho menos numerosas que las anteriores y las sociedades tienden a envejecer de forma preocupante. Como además, felizmente, la esperanza de vida sigue creciendo —actualmente a razón de unos 2,5 años por década en España—, ese envejecimiento de la población es aún más pronunciado. Por ello, nuestro país —y muchos otros— tiende a paso firme hacia una continua pérdida de población, un vaciamiento de las nuevas quintas de niños y jóvenes, y un porcentaje creciente de personas mayores de edad y ancianas. Y eso entraña consecuencias potencialmente muy negativas para la economía, la calidad del sistema democrático y el bienestar afectivo de las personas, entre otros males (figura-2).

La gran mayoría de la gente cree que el problema del envejecimiento y eventual declive poblacional se ciñe a la dificultad de pagar las pensiones, al haber cada vez menos activos por pensionista, y que esto se notará de verdad dentro de varias décadas, pero aún no en los próximos años. Por desgracia, la decrepitud demográfica comporta muchas más secuelas indeseables que la cuestión de las pensiones, y sus primeros efectos graves ya se están empezando a notar y van a ir a más cada año. Empezando por lo segundo, la pirámide de edades de la población ya está peligrosamente invertida y cada vez hay menos jóvenes en España. Hay ya un tercio menos de españoles con edades entre 18 y 25 años —la franja de edades típica de los alumnos universitarios y las personas sin estudios superiores en su primer empleo— que los que había cuando cambiamos de milenio. Y en esta década perderemos casi un tercio del segmento de población tal vez más vital para la economía y las empresas: los españoles de 25 a 35 años, que ya son casi un 20% menos que los

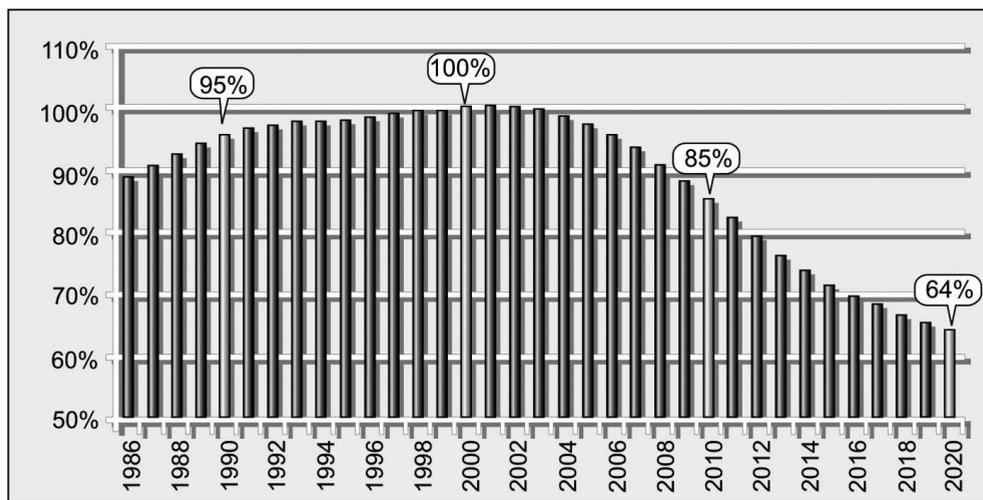


FIGURA 3.— Personas nacidas en España con edades entre 25 y 35 años (en %) con respecto a las que había en el año 2000 (= 100%).

Fuente: Estimaciones de población del INE, elaboración propia.

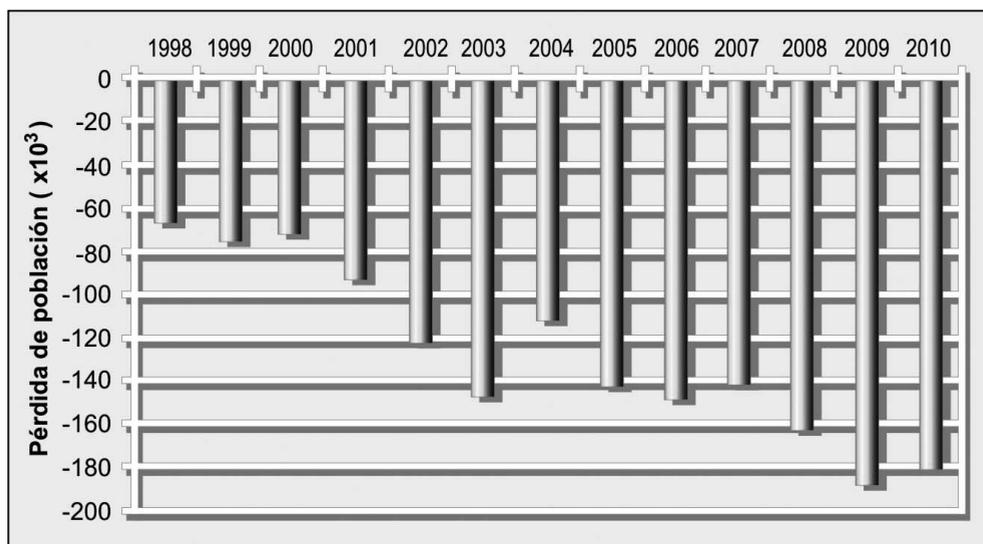


FIGURA 4.— Nacimientos menos muertes en Alemania, 1998-2010.

Fuente: Eurostat.

que había en el año 2000. Por su edad, es gente que trabaja y que lo hace cada vez con más oficio, que asciende, que consume, que compra casas. La razón de esa merma tan abrupta es la mera traslación a tiempo presente del efecto del desplome de la natalidad que se ha producido en nuestro país desde 1977.

En cuanto a las consecuencias para la economía del declive demográfico, es obvio que éste genera una dificultad creciente para las pensiones públicas según el esquema tradicional, llamado «de reparto», al invertirse la pirámide de población. Si en 1935, cuando el presidente Roosevelt instauró el sistema de pensiones moderno en EEUU, en el gigante yanqui había 52 activos por jubilado, y una proporción más o menos similar era la típica en toda Europa, en la actualidad, en los países occidentales, con sociedades mucho más envejecidas y con muchísima mayor esperanza de vida tras la jubilación, la proporción es de entre 2,5 y 3,5 a 1. En España, con la gran destrucción de empleo a que ha conducido la crisis, estamos en poco más de 2 a 1. Y según se degrade la proporción entre activos y jubilados en las próximas décadas, nos aproximaremos al 1,5 a 1, y al 1 a 1.

Con 5,2 activos por pensionista, si a los trabajadores se les quita de su nómina un 1% en forma de cotización para las pensiones, los jubilados pueden recibir una paga mensual del Estado equivalente a la mitad del salario medio del país. Pero con dos activos por pensionista ya hace falta detraer un 20% del sueldo bruto a los activos para que lo que reciban los jubilados sólo sea la mitad del salario medio, neto de cotizaciones a la seguridad social, y eso antes de pagar por parte de los trabajadores en activo cualquier otro tipo de impuesto al Estado. Y con proporciones de uno a uno entre activos y retirados, la presión fiscal para pensiones que sean la mitad del salario medio neto ya debe ser de un tercio del salario bruto, un nivel asfixiante. Por esa razón vamos necesariamente a un escenario de pensiones más y más reducidas en relación a lo que ganan los trabajadores en activo y a que se retrase más y más la edad de jubilación. Y deberemos complementar progresivamente —hasta sustituirlas en todo o en gran parte— las pensiones públicas «de reparto» por las privadas, de modo que las cotizaciones para pensiones constituyan un fondo personal de reserva de cada trabajador para su propia jubilación, según modelos como el chileno o el sueco.

Pero los problemas para la economía van mucho más allá. Así, el gasto sanitario necesariamente aumenta con fuerza en una población envejecida, porque los ancianos requieren mucho más cuidado médico, y mucho más caro, que el resto de la población. Una población menguante implica menos consumo e inversión y una desvalorización continua de activos como los inmuebles, la hucha de los españoles, ya que según se pierda población, habrá cada vez más casas vacías. De hecho, la demografía fue un impulsor de la economía que nunca faltó hasta hace una o dos décadas. Siempre había más gente que tiraba de la demanda, necesitaba casas y nuevos equipamientos, elevaba el consumo, creaba expectativas de crecimiento futuro y eso daba impulso de fondo a la inversión empresarial y a las bolsas de valores, ayudando muy mucho a que hubiera, con altibajos por las cíclicas crisis del capitalismo, una continua tendencia de fondo al crecimiento económico.

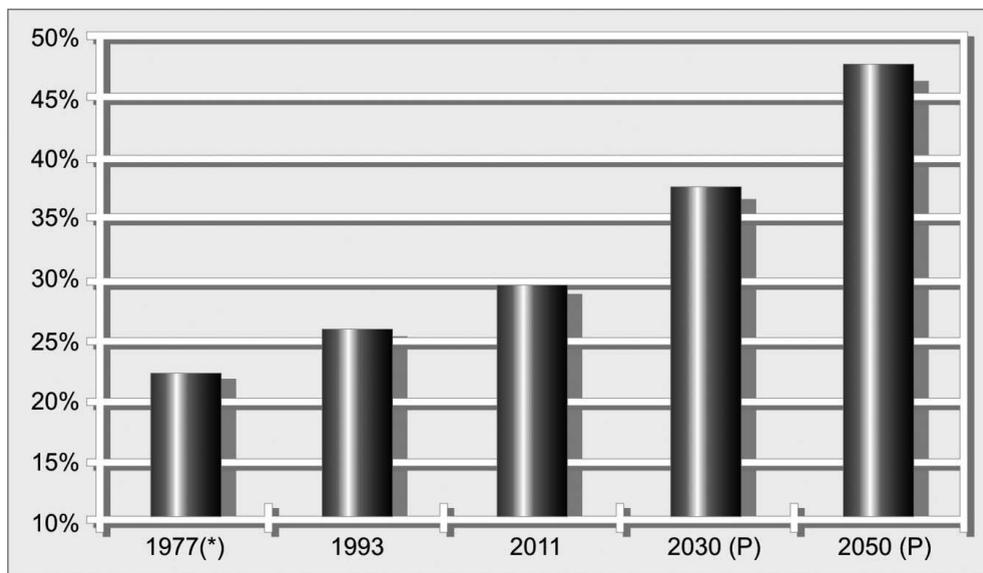


FIGURA 5.— Electores con ≥ 60 años en el censo electoral español, 1977-2050.

Fuente: INE, elaboración propia.

(* El dato de 1977 incluye a los españoles con edades comprendidas entre 18 y 20 años, para poder comparar de forma homogénea todos los años, ya que en 1977 había que tener, como mínimo, 21 años para poder votar.)

Hijos por persona	1	1,3	2	3	4	5
Hermanos	0	0,3	1	2	3	4
Primos carnales	0	0,8	4	12	24	40
Tíos carnales	0	0,6	2	4	6	8
Sobrinos carnales	0	0,4	2	6	12	20
Nietos	1	1,7	4	9	16	25

Con 1,3 hijos por mujer, así serían las familias españolas del siglo XXI.

Así eran las familias típicas en España hasta hace unas pocas décadas.

FIGURA 6.— Número de familiares por persona si todos tuviéramos el mismo número de hijos.

Todos los estudiosos de la economía, los creadores de la ciencia económica, desde los padres de la Escuela de Salamanca hasta Adam Smith, Marx, Keynes o Hayek, vivieron una economía con ese impulsor demográfico constante, que ahora falta por primera vez en siglos. Por ello, probablemente hasta ahora se ha infravalorado la importancia del factor demográfico en la economía, al no ser variable su tendencia sino constante y positiva. Seguramente ha pasado con la demografía lo que ocurre con la salud: no reparamos en ella ni la valoramos en su justa medida mientras no nos falta. Y ahora, con una población más y más envejecida, y una tendencia de fondo a menguar en su número total salvo aflujos continuos de inmigrantes extranjeros, por primera vez desde tiempo inmemorial nuestra economía vuela lastrada con plomo demográfico en las alas.

Así, en Alemania, uno de los países donde el problema demográfico es más agudo porque allí empezó la caída de la natalidad antes que en España, cada año mueren entre 150.000 y 200.000 personas más de las que nacen y hay varios cientos de miles más de germanos mayores de 65 años, en un bucle consuntivo que tiende a acelerarse (figura-4). Y con semejante panorama, a grandes rasgos, desde hace más de una década el consumo en Alemania está esencialmente estancado, si no en ligero declive, y su economía sólo crece de forma significativa en conjunto cuando su potentísima maquinaria exportadora logra compensar la erosión de la demanda interna que produce un declive demográfico de esta magnitud.

En el plano político, para la calidad y pureza del sistema democrático no parece lo mejor que una proporción creciente de votantes sean jubilados o personas cercanas a serlo, pues la principal preocupación política de gran parte de ellos suele ser que los gobiernos les garanticen buenas pensiones, atención sanitaria pública y otros tipos de servicios de cuidado personal, en línea con el contenido de la actual Ley de Dependencia (figura-5). Esto es, que la población activa les transfiera más y más rentas, lo que implicaría una mayor presión fiscal, y esto, a su vez, además de ser potencialmente injusto, podría dañar la propia economía y propiciar un éxodo de gente joven del país, agravando aún más la magnitud del declive demográfico.

Finalmente, saliéndonos de la economía y de la política, el invierno demográfico debido a la falta de niños comporta familias más y más reducidas, algo que desde el punto de vista afectivo, y más en la infancia y la vejez, no parece precisamente lo más deseable. En general, venimos todos de familias más o menos numerosas, con bastantes hermanos, primos, tíos, sobrinos... Con 1,3 hijos de promedio por española, nos aproximaremos más y más a lo que sucedería en una sociedad en que todo el mundo tuviese un único hijo: desaparecerían los hermanos, primos, tíos y sobrinos, y nuestra familia aguas abajo sería únicamente un hijo y un nieto (figura-6). ¡Qué pena!



Como nuestro país no tiene los niños requeridos, ni siquiera para asegurar el reemplazo generacional (actualmente harían falta unos 250.000 más al año para

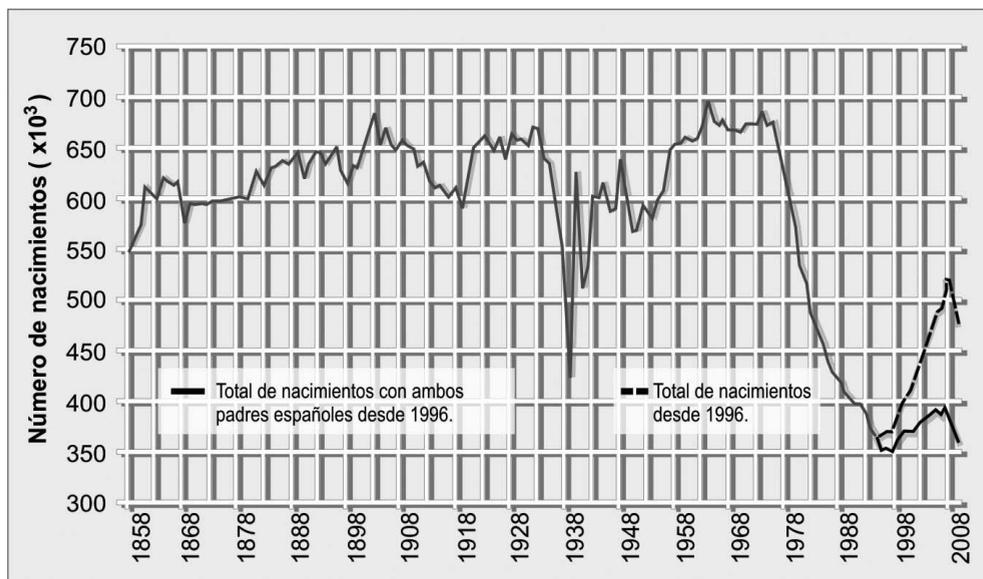


FIGURA 7.— Nacimientos en España, 1858-2010.
Fuente: Estimaciones de población del INE, elaboración propia.

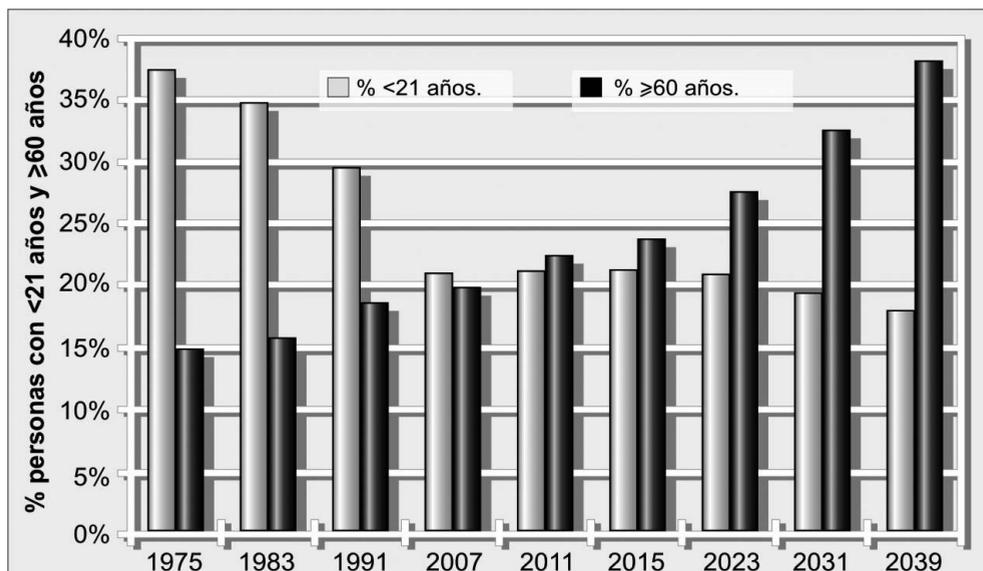


FIGURA 8.— Porcentaje de personas con <21 años y ≥60 años, 1975-2039.
Fuente: INE, elaboración propia.

ello), la sociedad libera y se ahorra en el presente los recursos que habría dedicado a la crianza de pequeñines y jóvenes. Esto seguramente permitió a nuestra economía crecer en los 80 y 90 del siglo xx bastante más que si hubiese caído a plomo la natalidad en esos años. Pero, por esta misma razón, pasada una generación con baja natalidad, empiezan a escasear los jóvenes y se deteriora año a año la proporción entre activos y retirados, por lo que nuestras perspectivas a largo plazo se parecen a las de una empresa que lleva bastantes años sin reinvertir parte de sus recursos en la reposición de aquellos activos que van quedando obsoletos, lo que equivale a comerse el futuro en aras del *carpe diem*, o al comportamiento estival de la cigarra de la fábula. No hay vuelta de hoja: o nacen más niños en nuestro país y en los demás con una carencia similar, o el futuro de nuestra sociedad tiene un nítido color gris, el de las canas, en muchos sentidos.

2. De dónde venimos y dónde estamos en demografía en España

«El problema demográfico de España es tan grave que, de seguir así, España desaparece. ¿Qué futuro tiene un país de viejos?».

Juan Velarde Fuertes

En la España de toda la vida abundaban los niños y predominaban las familias bien pobladas. No éramos un país rico, pero vibrábamos de vida. Así fue hasta hace un cuarto de siglo o poco menos. Ahora vivimos en un país con más canas y en el que la chiquillería brilla por su ausencia. Como no tenemos ni siquiera los niños precisos para el reemplazo de la población (en promedio, 2,1 hijos por mujer¹), cada nueva generación de españoles es un 30-40% menos numerosa que la anterior. Y eso es algo que no había sucedido nunca en nuestra Historia.

Desde 1858 a 1980, cada año nacieron en España entre 550.000 y casi 700.000 personas, salvo períodos tan difíciles como 1938-1939 y algunos años de la posguerra (figura-7). El número de nacimientos inició una caída en picado a partir de 1977, disminuyendo un 46% en cifras absolutas en los veinte años siguientes (y reduciéndose un 58% el número promedio de hijos por mujer), hasta unos 363.000 bebés en 1995-1996, cuando nuestra natalidad tocó fondo y alcanzó niveles propios de la España del siglo XVIII, con una población muy inferior a la actual. Fueron veinte años de descenso virtualmente continuo de la cifra anual de nacimientos, algo sin precedentes en muchos siglos en nuestro país. Luego, a partir de finales de los 90, comenzó un repunte de la natalidad, debido casi

¹ Se necesitan 2,1 hijos en promedio y no dos «a secas» porque nacen más varones que mujeres, 51,6% frente a 48,4%, y porque, aunque la mortalidad infantil y juvenil hoy es bajísima, siempre mueren algunas mujeres antes de llegar a edades fértiles.

en exclusiva a los inmigrantes, que acabó abruptamente en 2009 con la crisis económica, la cual propició una nueva caída de la fecundidad de las españolas, y aún mayor de las extranjeras, dando comienzo a un nuevo ciclo de disminución del número de nacimientos. Es un ciclo que previsiblemente continuará en años venideros porque, pasada una generación desde que en 1977 comenzara a caer nuestra fertilidad, desde 2009 en adelante, cada año habrá menos mujeres en edad fértil que el anterior.

Algunas pinceladas ilustran el mal aspecto de nuestro actual perfil demográfico:

- Tenemos una tasa de fecundidad tan baja que por cada dos bebés necesitaríamos uno más, simplemente para que haya relevo generacional.
- Principalmente por los niños que no hemos tenido desde 1977, cuando empezó a caer nuestra natalidad, necesitaríamos unos 10 millones de residentes adicionales en España con menos de 35 años para que hubiese no ya pirámide sino un «rectángulo» —la misma gente de todas las edades— por debajo del grupo de 35 años. Con un cálculo semejante, en Alemania faltarían ya más de 20 millones de personas menores de 40 años. Son cifras meramente teóricas, pero indicativas de la magnitud colosal que ya tiene el problema demográfico en países como el nuestro o el de Angela Merkel.
- España cada vez peina más canas y tiene menos pelo en la cabeza. Entre finales 1975 y 2012 la edad promedio de los españoles pasó de 33,3 a 42,6 años. Si consideramos a los inmigrantes, en general más jóvenes que los españoles nativos, «sólo» subió hasta los 41,5 de media. La caída de la natalidad fue responsable de más del 75% de ese intenso envejecimiento colectivo, y sólo el resto se debió a la mayor esperanza de vida. El País Vasco es la comunidad autónoma cuya población ha envejecido más en ese período: 12,5 años. Además, en regiones como Castilla y León uno de cada once paisanos autóctonos es octogenario o nonagenario.
- Si en 1975 tres españoles de cada ocho (un 37,5%) eran sub-21, y sólo un 15% tenían 60 o más años, ahora hay más personas que sobrepasan los 60 que menores de 21 años (figura-8). En los tiempos que retrata la serie televisiva «Cuéntame», éramos un país menos rico que ahora, pero vibrante de vida y de chiquillería. Ahora, en España, las canas tienden a abundar, y las cunas a escasear.
- La media de edad de los habitantes de una quincena de provincias españolas supera los 44 años, siendo ya de 48 años largos en Orense, Lugo y Zamora, y de 46 en León, Asturias, Soria y Palencia. Y sin contar a los inmigrantes, la edad promedio de los españoles nativos ya supera los 46 años en un total de diez provincias.
- Entre mediados de 2009 y de 2010 más de la mitad de las provincias españolas perdió población, más del doble que entre mediados de 2008 y 2009, y cuatro veces más que entre mediados de 2007 y de 2008.

- En las provincias de Lugo, Orense y Zamora mueren más de dos personas por cada una que nace. Y en Asturias, León o Palencia fallecen más de tres paisanos por cada dos bebés que nacen.
- En 2012 ya hay un tercio menos de jóvenes españoles con edades comprendidas entre 18 y 25 años que los que había en el año 2000.
- Como media, cada año entre 2010 y 2020 habrá un 3% menos de españoles de 25 a 35 años que el año anterior. Esto supondrá un mazazo para el valor de mercado de la hucha de los españoles —casas y propiedades inmobiliarias— al haber cada vez menos compradores potenciales para los inmuebles.
- El Banco Internacional de Pagos (BIS), con sede en Basilea, ha calculado que el valor real de mercado de las casas en España podría descender en un 75% entre 2010 y 2050 (un 3,3% de media cada año) principalmente por nuestro declive demográfico. De hecho, según el BIS, en la muy envejecida Alemania el precio de las casas ya habría caído un 20% —descontada la inflación— en la última década.

Tras treinta años con una tasa de fecundidad muy inferior a la necesaria para el reemplazo de la población, en España estamos al borde a la pérdida de población (figura-9), algo inevitable en la presente década salvo que se produzca un incremento sustancial de la tasa de natalidad o haya un aflujo continuo de inmigración extranjera que supla la merma de la población autóctona. De momento, con la crisis económica está pasando justamente lo contrario, porque se van de España más inmigrantes de los que vienen y también se están marchando bastantes compatriotas en busca de mejores oportunidades profesionales allende nuestras fronteras.

3. ¿Qué hacer ante la decadencia demográfica?

«Para todo problema humano hay siempre una solución fácil, clara, plausible... y equivocada».
H. L. Mencken (1880-1956).

De forma sintética, ante el gravísimo problema demográfico de España, y de los países que están en una situación similar a la nuestra, caben tres posibles estrategias o actitudes, a las que podemos calificar con los colores de un semáforo: *rojo*, *amarillo* y *verde*.

En rojo: no hacer nada e ignorar el problema

Es actitud muy desaconsejable, «avestrucesca», porque nos lleva al desastre demográfico y además, sin siquiera prepararnos para afrontarlo con ciertas posibilidades de reducir sus daños. Lamentablemente, es lo que nuestra sociedad lleva haciendo desde que dejamos de tener hijos a finales de los años 70 del siglo xx.

Provincia	Nacimientos menos muertes por cada mil habitantes			Fallecidos por cada nacimiento en 2009
	1976	2009	Diferencia 2009- 1976	
Lugo	-0,42	-7,89	-7,47	2,21
Orense	0,89	-7,55	-8,44	2,19
Zamora	1,84	-7,42	-9,26	2,25
Palencia	2,91	-4,87	-7,78	1,67
León	4,49	-4,47	-8,96	1,62
Asturias	7,42	-4,30	-11,72	1,55
Soria	1,67	-3,90	-5,57	1,49
Salamanca	4,18	-3,26	-7,44	1,43
Teruel	-0,12	-3,22	-3,10	1,38
Ávila	2,13	-3,15	-5,28	1,37
La Coruña	8,40	-2,22	-10,62	1,26
Cáceres	4,53	-1,95	-6,48	1,23
Huesca	3,50	-1,82	-5,32	1,20
Burgos	7,36	-1,24	-8,60	1,14
Segovia	5,03	-1,13	-6,16	1,13
Cuenca	2,86	-1,73	-4,59	1,21
Vizcaya	13,01	-0,28	-13,29	1,03
Promedio nacional	10,48	2,40	-8,08	0,78

FIGURA 9.— Provincias con más fallecimientos que nacimientos en el año 2009.
Fuente: INE, elaboración propia.

En amarillo: adaptarnos a una sociedad envejecida

Debemos concebir e implantar cuanto antes estrategias para esquivar en lo posible las dolorosas consecuencias del declive demográfico. Es una actitud más inteligente que la anterior, ya que así por lo menos se reconoce el problema y se procura capear el desfavorable entorno demográfico. Desde un punto de vista económico, esta adaptación, como individuos particulares, empresarialmente y en España, como país, pasa por:

- Ahorrar. Ante los tiempos difíciles y de escasez que se avecinan por la decrepitud demográfica, más nos vale tener las alforjas tan repletas como podamos, y con poca deuda el equipaje financiero.
- Reformas estructurales que mejoren nuestra productividad y competitividad, y supriman despilfarros en el gasto público (y privado), porque nos conviene producir toda la riqueza que podamos y no malgastar nada en el sector público para tratar de compensar el lastre demográfico que el envejecimiento y el descenso de la población supondrán para la economía y las cuentas públicas. El Estado no puede poner trabas a la actividad económica productiva y deberá dedicar porciones cada vez mayores del gasto público en la creciente carga que supondrán los jubilados y ancianos. En este sentido, con vistas al largo plazo, el problema demográfico nos impele a realizar más o menos las mismas reformas estructurales y supresión de gastos públicos superfluos a que nos obliga en la actualidad la crisis económica 2007-201X (por desgracia, aún no sabemos qué valor tiene esa «X»). Asimismo, como ya han hecho Suecia, Chile y otros países, convendrá impulsar de forma decidida el ahorro individual para pensiones, sustituyendo con este de forma progresiva el actual sistema, denominado «de reparto» (los cotizantes en activo pagan las pensiones de los jubilados actuales y no ahorran con esas cotizaciones para la suya propia, como sí pasa en Chile), cada vez más inviables por la inversión de la pirámide de población tradicional.
- Exportar nuevos negocios adaptados al cambio demográfico. Los empresarios más aventurados o avispados lanzarán o explotarán negocios para personas mayores e inmigrantes y adaptarán sus planes estratégicos y su oferta a una sociedad cada vez más envejecida.
- En último término, y con vistas al largo plazo, cabe emigrar a países con perfil demográfico-económico menos malo que el nuestro (por ejemplo, EEUU).

En verde: tratar de solucionar el problema demográfico

Pensamos que sólo hay dos soluciones viables ante nuestro declive demográfico: más hijos y más inmigración extranjera.

Que tengamos más hijos, y los tengamos antes, es la única solución verdadera y duradera al problema. Para ello será imprescindible que nuestras élites y la población sean conscientes del gravísimo problema socio-político-económico-afectivo a que nos abocan las raquíticas tasas de fertilidad actuales, y se recupere en nuestra sociedad el valor primordial de tener hijos y la maternidad. Asimismo, se deberá legislar para favorecer la natalidad e, idealmente, incluir un factor de corrección ligado al número de hijos del pensionista/contribuyente/cotizante en las pensiones públicas, cotizaciones a la Seguridad Social e IRPF, para incentivar la fecundidad y reconocer la mayor aportación al sostenimiento futuro del país de quienes hayan tenido más hijos, y el coste/esfuerzo extra que ello les ha supuesto. Y algo muy importante: la gente debe ser consciente de que es mucho mejor tener los hijos pronto —no más

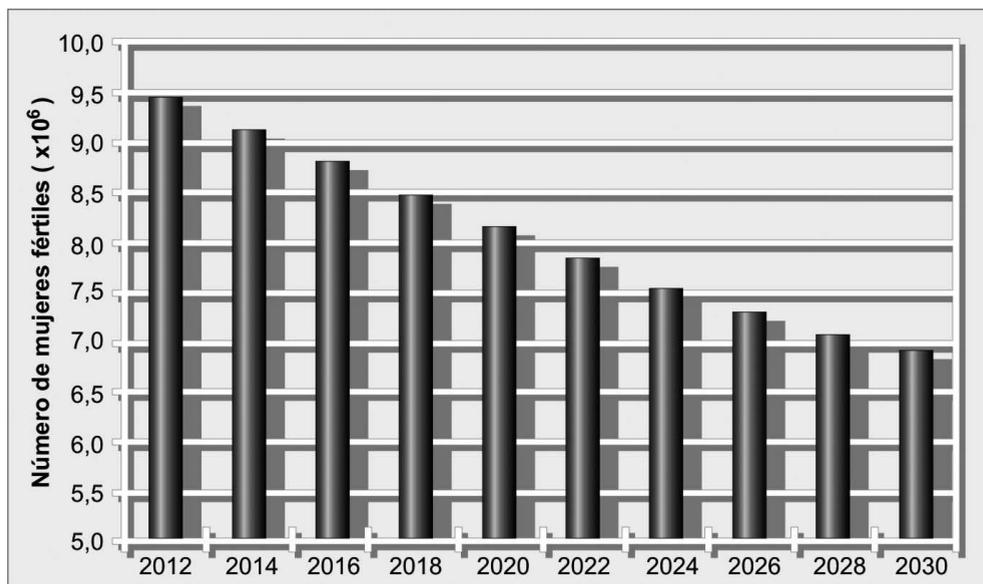


FIGURA 10.— Mujeres en edad fértil (15 a 44 años) residentes en España.
Fuente: elaboración propia.

allá de los 28-30 años en el caso de las mujeres— porque, además de tener los padres más vigor para criarlos, eso les facilitará tener los que deseen sin que se les pase el «reloj biológico» como les sucede hoy a muchos de nuestros conciudadanos, que dejan la procreación para demasiado tarde y, según estudios solventes, acaban teniendo cuando ya ha concluido su etapa fértil, una media de a 1 a 2 niños menos de los que habrían deseado, con los cuales no tendríamos problema demográfico. Recordemos que en 1977 las españolas tenían su primer hijo, de media, hacia los 25 años y actualmente hacia los 31.

En complemento a una mayor natalidad autóctona, como parte de la solución, será muy conveniente para España atraer más inmigración extranjera una vez salgamos de la actual crisis económica. Aunque repunte pronto la fecundidad —cosa de la que no hay visos hoy por hoy— y hasta que las nuevas quintas de españoles no lleguen a la edad laboral, debería facilitarse la llegada de los inmigrantes que necesitamos, salvo que prefiramos una economía menos dinámica y cargar nosotros solos con una población más y más añosa (figura-11). Con preferencia, estos nuevos inmigrantes deberán ser de los sustratos culturales que mejor se integran en España y gestionando los flujos de llegada en origen, sin generar «efectos llamada» descontrolados.

Pero, el problema de la falta de nacimientos no se resuelve sólo con inmigrantes, ya que, junto a lo mucho que de positivo nos aportan, atraerlos e integrarlos

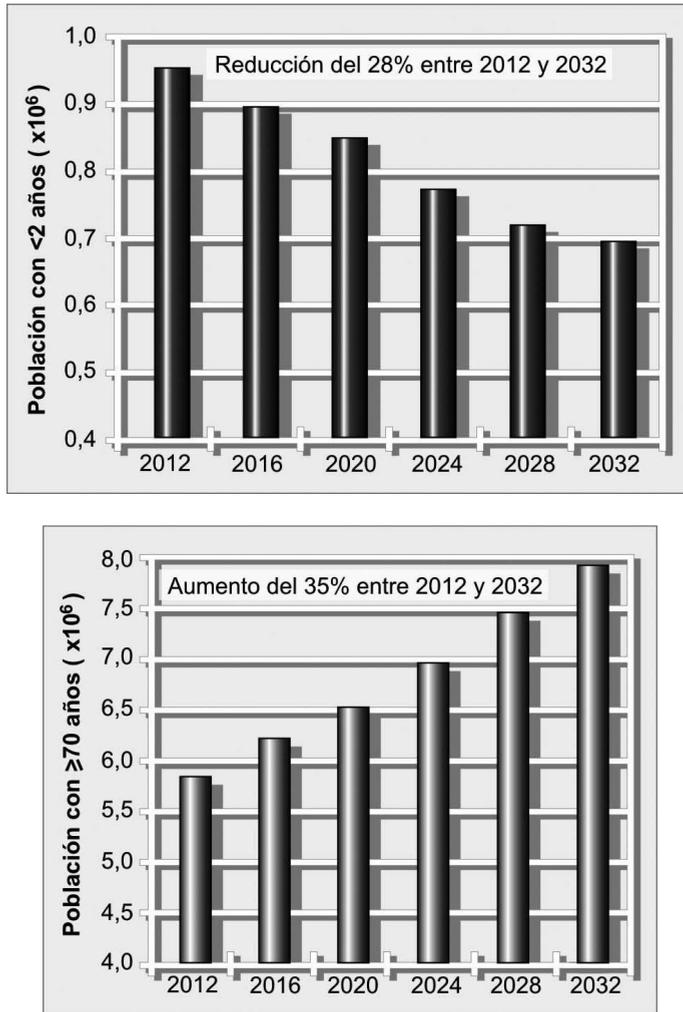


FIGURA 11.— Población española con <2 años (gráfica superior) y población española con ≥70 años (gráfica inferior). Fuente: elaboración propia.

entraña de forma casi inevitable costes económicos y sociales nada desdeñables. Por otra parte, como suelen venir en las edades medias de la vida, si se quedan en España hasta su jubilación podrían incluso empeorar el problema de las pensiones dentro de una generación, aun considerando los hijos que tienen aquí. Finalmente, fiar la solución de este problema sólo a la inmigración entraña el paradójico riesgo de que los inmigrantes extranjeros ni siquiera vengán si nuestra economía se estancase de forma estructural —algo a lo que contribuiría la

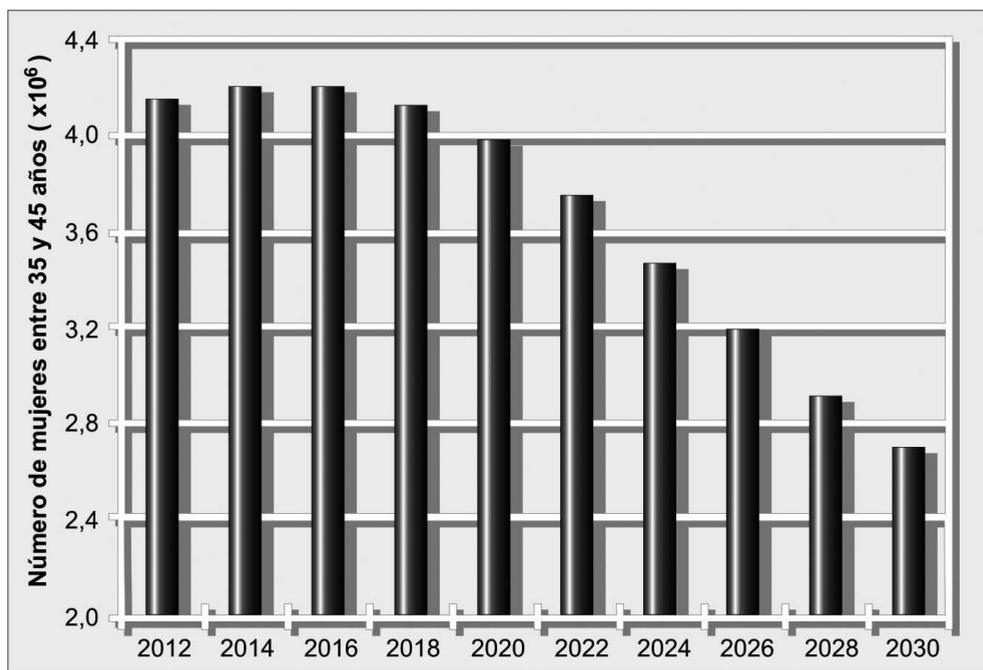


FIGURA 12.— Mujeres residentes en España con edades comprendidas entre 35 y 45 años.
Fuente: elaboración propia.

demografía declinante—, como ha sucedido durante el anterior *boom* migratorio en las regiones de economía menos dinámica, que han atraído muchos menos trabajadores extranjeros que otras zonas más pujantes, como Madrid, Cataluña, Levante o los archipiélagos.



Vivimos en *terra incognita* demográfica. En el pasado, hubo sociedades acomodadas/opulentas con una natalidad muy baja por razones culturales-sociales, como la Roma y la Grecia clásicas en sus respectivas etapas de decadencia. Pero no había en ellas el explosivo cóctel demográfico de nuestro tiempo: baja fecundidad combinada con alta longevidad. En 1900, la esperanza de vida al nacer en España era de 35 años y la de la Roma clásica se estima que estaba en torno a los 28. En 2012, en España, es ya de 82 años y sigue creciendo. Como estamos en una situación inédita en la Historia de la Humanidad, no podemos saber de antemano y con total precisión la magnitud de las consecuencias reales que entrañará semejante declive demográfico, aun cuando analicemos el asunto con rigor. Por lo tanto, es posible

que en este artículo se hayan cargado demasiado las tintas sobre sus efectos y que, a la postre, la cosa no sea para tanto. Pero también podríamos habernos quedado cortos y ser todo incluso peor. En todo caso, como suelen ser mucho más graves los peligros no detectados a tiempo que las falsas alarmas, más nos valdría en España, Europa y medio mundo, poner en primer plano de la agenda estratégica de sociedades y gobiernos la necesidad de aumentar la natalidad hasta alcanzar, al menos, una media de dos hijos por persona o poco más. Nos jugamos demasiado en el envite. Y la perspectiva de una sociedad en la que cada año haya menos jóvenes y población total, y más y más ancianos, acongoja y asusta.

4. Colofón: Implicaciones del declive demográfico para el sector farmacéutico

Como las etapas de la vida en que se consumen más servicios sanitarios y fármacos son, en primer lugar, los años postreros de nuestra existencia y, en segundo, la primera infancia, las compañías farmacéuticas con productos para los ancianos y gente mayor gozarían *a priori* de una demanda creciente de fármacos con las actuales tendencias demográficas en Europa, EEUU, Japón, etcétera. Por el contrario, aquellas más centradas en fármacos para bebés y niños, como las vacunas, verían mermada la demanda, algo que ya está empezando a suceder en España. En el figura-11 se muestra una estimación propia de cómo evolucionaría en los próximos veinte años la población residente en España menor de dos años y la que tiene 70 o más, bajo los supuestos de: a) una tasa de fecundidad como la de 2010 en todo el período (1,38 hijos por mujer), b) una esperanza de vida que siga creciendo al ritmo de la última década, y c) sin flujos migratorios netos positivos ni negativos.

Por otra parte, en nichos de mercado como el segmento de tratamientos de fertilidad, de gran interés en el tema que nos ocupa, ya que contribuye de forma notable a que el problema de falta de nacimientos que padecemos no sea aún mayor, especialmente en sociedades como la española en las que cada vez—por la estructura de edades de la población— se retrasa más el nacimiento del primer hijo (actualmente en 31 años para las madres primerizas españolas), habrá una demanda creciente durante algunos años, hasta que también empiece a descender el número de mujeres de 35 a 45 años (figura-12), cosa que sucederá en España hacia 2015-2016.

Y, como el Estado de bienestar tal y como lo conocemos cada vez será más difícil de mantener, aunque en el segmento de edades avanzadas aumente la demanda de productos farmacéuticos por razones demográficas, es de esperar una constante erosión de los precios de los fármacos por la presión de las autoridades sanitarias, agobiadas por la escasez de fondos para cubrir sus servicios en sociedades con economías demográficamente lastradas, mediante la bajada de los precios regulados y el

fomento de los medicamentos genéricos y biosimilares. En esta situación, el copago de las medicinas será cada vez más conveniente tanto para el Estado como para las compañías farmacéuticas. Como es norma en esta industria, se espera que el grueso de sus beneficios futuros provenga de fármacos novedosos sujetos a patente y de gran valor terapéutico, dedicados con preferencia a enfermedades de la población senior: medicamentos contra las demencias seniles y otras enfermedades neurodegenerativas, terapias novedosas contra el cáncer, fármacos contra las degeneraciones óseas y musculares, o vacunas contra enfermedades propias de edades avanzadas, de aplicación preferente en personas cuyo ADN indique una mayor predisposición a desarrollarlas.

Pero, como la venta de fármacos sin protección por patentes seguirá aumentando, también, a la larga, por la presión del nuevo entorno demográfico y la penuria económica que conllevaría, es de esperar que una parte cada vez mayor del negocio de los grandes líderes farmacéuticos se base en esos fármacos, al estilo de las grandes compañías aéreas con sus filiales *low cost*, para mantener la máxima cuota de mercado posible, sacrificando márgenes a cambio de cuota de mercado y volumen. Asimismo, aumentará la parte que en el total de sus ventas representarán los llamados países emergentes, si bien con márgenes mucho menores que en Norteamérica o Europa, visto lo sucedido hasta ahora en ellos.

En definitiva, y aun con la salvedad del incremento de la demanda de consumo de fármacos por una sociedad más envejecida, en términos económicos netos, el declive demográfico de España, Europa y muchos otros países no parece un escenario idílico para las cuentas de resultados de la industria farmacéutica. Y para casi todos los demás sectores de actividad económica, aparte del sanitario o negocios para la población propecta como las residencias geriátricas, sería entre malo y pésimo. Es lo que hay mientras no se produzca un cambio profundo en las tendencias demográficas y estas se reequilibren mediante un repunte significativo de la natalidad en España y muchos otros países.